

# **SAN JUAN, PAPA Y MÁRTIR**

**Día 27 de mayo**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**S**an Juan, papa, primero de este nombre, fue hijo de Constancio, y nació en Florencia hacia el fin del quinto siglo. Nada se sabe de sus primeros años; sólo es cierto que, siendo aún muchacho, pasó á Roma, donde se aplicó al estudio de las ciencias y de la virtud, en que hizo maravillosos progresos; y, elevado á los órdenes sagrados, mereció ser tenido por uno de los más santos y más sabios presbíteros de la Santa Iglesia.

Era Juan el oráculo y el modelo de todo el clero cuando murió el papa Hormisdas el día 6 de Agosto del año 523, y de común consentimiento fue elegido siete días después para ocupar la Cátedra de San Pedro. Subió á ella cuando estaba muy necesitada de un sumo pontífice sabio para confundir á los herejes; santo para edificar á los católicos; intrépido para no acobardarse con las amenazas de un emperador arriano; y celoso para velar continuamente sobre su rebaño, y defenderle con valor en un desgraciado tiempo en que la persecución de los arrianos en Occidente hacía ventajas á las persecuciones de los emperadores idólatras. Poseía el santo pontífice con eminencia todas estas virtudes; todo esto era nuestro Juan, y muy presto se vio necesitado á las mejores pruebas.

Obedecía Italia á la sazón á Teodorico, rey de los godos, uno de los más poderosos y más ardientes defensores que había tenido el arrianismo. El imperio de Oriente reconocía por emperador á Justino, que de

**soldado raso, de un nacimiento muy humilde, había ascendido al trono imperial por todos los grados del honor; pero lleno de religión y de piedad había publicado severísimos edictos contra todos los herejes, exceptuando sólo á los árdanos, que por una falsa política juzgó que debía disimular, por no exasperar á Teodorico, su poderoso protector, con quien la razón de estado le había puesto en precisión de coligarse. Pero, considerando después que esta condescendencia era contraria á la ley de Dios, determinó comprender también á dichos herejes en los decretos que publicaba contra todos los demás, y ordenó que todos los arríanos que fuesen vasallos suyos y viviesen dentro de sus dominios tratasen de restituir prontamente á los católicos todas las iglesias que ocupaban, y en adelante estuviesen sujetos á sus edictos.**

**Informaron luego los arríanos á Teodorico de las severas órdenes del emperador Justino, suplicándole que tomase bajo su poderosa protección la defensa de su secta. Entró en furia el monarca arriano con esta noticia, y escribió muchas cartas al emperador del Oriente, amenazándole que desterraría de sus estados á todos los católicos si no mandaba que restituyesen luego las iglesias á los arríanos. Justino, cada día más celoso de la fe católica y por el honor de la religión cristiana, no tuvo por conveniente deferir á sus ruegos, ni hacer caso de sus amenazas, y le respondió secamente que no le permitía la conciencia revocar las órdenes que había publicado.**

**No desistió Teodorico; y lo que no había conseguido por cartas resolvió lograrlo por medio de una famosa embajada, de la cual quiso absolutamente que el papa Juan fuese por cabeza. Nombró para ella á los cuatro senadores principales, que sospechaba se entendían secretamente con el Emperador, y para obligar al santo pontífice á que se encargara de la negociación le**

amenazó que, si se resistía á hacerlo, trataría á los católicos de Italia ni más ni menos como el Emperador trataba en el Oriente á los arríanos. Considerando el santo pontífice la cólera del impío rey, y viendo el peligro que amenazaba á toda Italia, se halló precisado á encargarse de una comisión tan indecorosa á su sagrada y suprema dignidad como contraria á sus mismos intereses y santísimos deseos; porque este príncipe le encargó expresamente declarase al Emperador que, si no se restituían á los arríanos las iglesias que se les habían quitado, costaría la vida á todos los católicos de Italia, y la libertad á la religión. Los cuatro senadores romanos que le asoció fueron Teodoro, Importuno y Agapito, que todos habían sido cónsules, y el cuarto, llamado también Agapito, era patricio. Para hacer todavía más célebre la embajada, quiso se le añadiesen cinco obispos; siendo los principales Eclesio, de Rávena, y San Eusebio, de Fano, á los cuales declaró de nuevo el inicuo rey su intención y su determinada voluntad.

No es posible explicar el desconsuelo de toda Roma cuando se supo que la dejaba el santo Pastor. Lo largo de un viaje tan peligroso como dilatado, la violencia que se le hacía para que le emprendiese, el asunto de él, tan impropio y tan indigno de su sagrada dignidad, el justo temor de no volver á verle, todo contribuía á que se sobresaltase el rebaño y á que se deshiciese toda la ciudad de Roma en un copioso llanto. Enternecióse el corazón del santo pontífice á vista de las demostraciones de su amado pueblo, hizo cuanto pudo para consolarle, echóle su paternal bendición, y se embarcó, en fin, con todos los que le acompañaban.

Cuando se tuvo noticia en Constantinopla de que el Papa había desembarcado, toda la ciudad salió á recibirle á mucha distancia con cruces, con pendones, con hachas encendidas para hacer el debido honor al

**vicario de Jesucristo, legítimo y verdadero sucesor del apóstol San Pedro. Fue el recibimiento una fiesta pública, ó cierta especie de triunfo, acompañado de veneración y de respeto, apresurándose cada uno para recibir á competencia su santa bendición. El mismo Emperador se postró en tierra para saludar reverentemente al Papa, tributándole todos los honores que se pueden imaginar. El clero (si pudo ser) aun hizo ventajas en la veneración á la devoción del pueblo y del Emperador. A la verdad, el nombre sólo de Vicario de Jesucristo, y la dignidad de Sumo Pontífice inspiraba á todos los fieles aquel profundo respeto; pero la eminente santidad del Papa, que se traslucía bien entre la pobreza de su humildísimo equipaje, no contribuyó menos á la general veneración que todos los sexos, edades y condiciones manifestaron á nuestro Santo. Ni hay que extrañar hiciese tanta impresión el concepto que se tenía de su heroica virtud; pues no se ignoraban en Constantinopla los milagros que había hecho en el camino. A la misma entrada de la ciudad dio vista á un ciego; y se sabía que, al desembarcar en el Istmo, hallándose el santo pontífice sin carruaje y sin caballería en qué proseguir su viaje, cierto gentilhombre le prestó su caballo, que montó y caminó en él algunas leguas; pero quedaron todos asombrados cuando vieron que el caballo, antes muy manso, dócil y manejable, no sufrió después que ninguno le montase, corveteando con todo el cuerpo cuando alguno se le acercaba para hacerlo, y desviando de sí á todos á relinchos, á coces y á manotadas, sin que jamás fuese posible domarle.**

**Aunque el Emperador estaba ya coronado por mano de Juan, patriarca de Constantinopla, tuvo devoción de recibir la misma corona de mano del Pontífice, y celebró esta ceremonia con toda la solemnidad correspondiente á la magnificencia de tan gran príncipe. El Patriarca en todas las ocurrencias reconoció la primacía de la cátedra**

de Roma, y rindió al Papa los honores que se le debían; y el Papa ofició de pontifical el día de Pascua, celebrando según el rito latino y el uso de la Iglesia romana.

Entrando después en conferencia, estuvo tan lejos de tratar con el religioso emperador como embajador de un rey arriano, que sólo negoció con él como pastor y cabeza de toda la Iglesia católica; y sin que uno ni otro se dejasen intimidar de las amenazas de Teodorico, recíprocamente se fortalecieron los dos en la generosa resolución de preferir la gloria de Dios á todos los intereses temporales, y defender la pureza de la fe aun á costa de la misma vida. Exhortó el Papa al piadoso príncipe á que acabase de exterminar la herejía de todos sus dominios, sin hacer caso de la persecución con que el rey arriano amenazaba á toda Italia, y el Emperador se sintió tan animado por las vivas exhortaciones de nuestro Santo, que no sólo no quiso restituir á los arrianos las iglesias que se les habían quitado, sino que mandó introducir el ejercicio de la religión católica en todas aquellas donde no estaba introducido, y escribió á Teodorico que reputaría por manifiesta infracción de la paz y por declarada la ruptura cualquiera mal tratamiento que se hiciese á los católicos. Pero no bastó esto para contener al bárbaro monarca, ni estorbó que por levísimas sospechas y sobre meras calumnias mandase arrestar á los dos mayores hombres de la Italia, á Symmaco y á su yerno Boecio, más recomendables por su virtud y por el celo de la religión que por su sabiduría y por la elevada autoridad que lograban en el Senado, habiendo sido ambos cónsules. Al ilustre y religioso filósofo Boecio le cortaron la cabeza antes que volviese á Italia nuestro Santo, y Symmaco sobrevivió poco á su yerno, siendo el celo de la religión la principal causa de la desgracia de los dos; pero el Señor vengó presto su muerte con la funesta que tuvo el mismo Teodorico.

Mientras tanto, habiendo obtenido del Emperador el santo papa todo lo que deseaba Teodorico, á excepción únicamente de lo que era perjuicio de la religión, dio la vuelta á Italia. Desembarcó en ella, y cuando se estaba disponiendo para ir á darle cuenta de su negociación, fue arrestado de orden del impío monarca; encendido en rabiosos celos por los honores que Justino le había tributado, y sin atender á los grandes servicios que le había hecho cerca del Emperador, le mandó conducir á la fortaleza de Rávena, donde, por miedo de alguna sublevación, no se atrevió á quitarle la vida con la espada; pero dio orden de que le dejaran morir de hambre y de miseria. Dicese que, hallándose en aquella horrorosa prisión, y teniendo noticia de las falsas voces que los herejes habían esparcido por la Italia, fingiendo mil embustes sobre su negociación en Constantinopla, tuvo forma de escribir á los obispos de la misma Italia una carta exhortándolos á combatir con verdadero heroísmo la perfidia arriana, ocupando todas las iglesias de los arrianos para restituirlas á los católicos después de purificadas convenientemente.

Irritado Teodorico de la constancia del santo pontífice, repitió la orden de que le dejaran morir de miseria en la prisión; y, rindiéndose á ella, coronó su santa vida con una preciosa muerte el día 27 de Mayo de 526, después de dos años y nueve meses de pontificado. En el mismo día manifestó el Señor la santidad de su siervo con nuevos milagros. Fue conducido el santo cuerpo con extraordinaria pompa fuera de la ciudad, y se le dio sepultura en el cementerio público, donde estuvo hasta cuatro años después, en que su sucesor, el papa Félix, le hizo trasladar á Roma, cuya traslación fue verdaderamente un glorioso triunfo. Depositóse en la iglesia de San Pedro el cuerpo de nuestro Santo, que siempre ha sido venerado como mártir, y en la misma iglesia se conserva hasta el día de hoy.

## **SAN BEDA EL VENERABLE, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA**

**Este santo escritor y esclarecido Padre de la Iglesia nació en Jarrow (Northumberland), territorio de Wearmouth, obispado ó condado de Durhan, confines de Escocia, en el año 671 ó 73, ó en el 676, como quieren algunos. A la edad de siete años ingresó en el monasterio benedictino de San Pablo en Jarrow, para ser educado por el abad Benedicto, vistiendo después el hábito benedictino. Allí, alternando con la oración asidua, las penitencias, el canto y demás ejercicios piadosos propios de su instituto, se dedicó, bajo el magisterio de Juan Bervelacio, á las ciencias divinas y humanas, llegando á poseer, en una época en que la barbarie reinaba en Europa, profundos conocimientos en las lenguas griega y latina, en aritmética, filosofía, teología, astronomía, historia, cronología y Sagrada Escritura, adquiridos en la soledad de su celda con la lectura de los autores griegos y latinos y la de los Padres de la Iglesia; de modo que consiguió, sin él pretenderlo, ser la admiración del mundo.**

**A los diez y nueve años fue ordenado de diácono, y, á los treinta, el obispo Juan le ordenó de presbítero; dedicándose desde entonces principalmente á escribir sobre la Sagrada Escritura. Celebraba todos los días Misa derramando abundantes lágrimas, pareciendo estar transformado en Jesucristo. Empleaba los días y las noches en orar, escribir y enseñar, practicando constantemente las virtudes, y tomando parte además en ejercicios corporales, como cultivar la huerta, servir en la cocina y demás trabajos mecánicos, pues era su humildad profunda. Muy pronto se extendió por todas partes la fama de su ciencia y su piedad, por lo que el papa San Sergio I quiso tener á su lado al virtuoso**

sacerdote; pero Beda, que era verdaderamente humilde y amante del reposo, no quiso dejar su convento, en el que pasó toda su vida dedicado á un trabajo asiduo, cultivando las letras, instruyendo á los jóvenes religiosos y componiendo obras que le han inmortalizado. Es reputado por uno de los principales maestros entre los mismos Padres de la Iglesia que tan eminentes son.

A la edad de cincuenta y nueve años había ya escrito cuarenta y cinco obras diferentes, sin las muchas que escribió después, en las que manejó todas las ciencias entonces conocidas y toda clase de literatura. Devotísimo de la Santísima Virgen, hablaba de Ella y escribía con extraordinario fervor; y la Iglesia ha usado siempre de sus homilías para las lecciones del rezo eclesiástico en la mayor parte de las festividades de la Virgen.

El excesivo trabajo quebrantó su salud. Pocos días antes de la Pascua de Resurrección, siendo ya de edad muy avanzada, le acometió una enfermedad peligrosa, que le duró hasta la Ascensión, sufriendola con santa resignación y entonando cánticos de alabanza al Señor. Pero, aunque atormentado por un asma violento, no interrumpió, sin embargo, sus ordinarias ocupaciones. En los largos insomnios á que le condenaba el dolor, lamentábase de no haber podido terminar su traducción al anglo-sajón del Evangelio de San Juan y la compilación de las obras de San Isidoro. La víspera de su muerte se sentía muy mal. Sus pies estaban hinchados; sus miembros casi sin movimiento. *¿Cuántos capítulos faltan todavía?*, preguntó á un monje que le servía de secretario. — *Uno solo*, respondió éste; *pero no tenéis fuerza para dictar*. — *Coged la pluma*; replicó el moribundo, *mojadla en tinta y escribid de prisa*. A las nueve de la noche, el secretario, que no había cesado de escribir, le dijo: *Maestro, todo está concluido*.—*Si,*

observó Beda, *vos lo habéis dicho*: CONSUMMATUM EST. Poco después, cantando el *Gloria Patri*, dio su espíritu al Señor el primer sabio de su siglo, en el mismo día de la Ascensión, 27 de Mayo del año 735. Su cuerpo fue enterrado humildemente en el monasterio de Jarrow y trasladado luego á Duhran. Un monje de su tiempo llamado Cumberto escribió su Vida.

La variedad y multitud de conocimientos que Beda poseía, sin haber salido jamás de su monasterio, sin libros impresos y sin los rápidos medios de comunicación que hoy tenemos y desperdiciamos, es prueba elocuente de que en los monasterios se cultivaban las ciencias y las letras al mismo tiempo que las virtudes cristianas, y que este siglo ha sido ingrato para con los monjes y religiosos, arrojándolos injusta é ignominiosamente de sus conventos, porque á los monjes se les debe la conservación y transmisión de los libros clásicos, científicos é históricos de la antigüedad. El cardenal Fray Ceferino González, en su *Historia de la Filosofía*, afirma que Beda fue uno de los que continuaron «la tradición filosófica de la antigüedad pagana y de la época patristica hasta enlazarla con la filosofía escolástica ». Y antes ya, el venerable cardenal Belarmino había dicho: *Beda Occidentem, Damascenus Orientem, sapientia sua illustravit*. Beda en el Occidente, y Damasceno en el Oriente, ilustraron al mundo con su sabiduría.

Aun vivía Beda, según algunos autores, cuando ya mandaron los obispos de Inglaterra que sus *Comentarios* sobre la Santa Escritura se leyesen públicamente en sus iglesias. Y al citarse, según costumbre, el nombre del autor al principio de la homilía, no pudiendo decir: *Homilía de San Beda*, porque aun vivía, se decía: *Homilía del venerable Beda, presbítero*. Y éste es el origen de haberse llamado hasta nuestros días el *Venerable Beda*. Esto parece lo más probable. Sin embargo, pretenden

algunos, apoyados en una leyenda ó tradición antigua, que un monje quiso escribir el epitafio del sabio y santo sacerdote benedictino, y, no pudiendo terminar el primer verso, que decía: *Haec sunt in fossa Bedae... ossa*, decidió acostarse, y que, cuando despertó, halló el verso terminado. Una mano desconocida había agregado durante la noche la palabra *venerabilis* entre *Bedae* y *ossa*.

Todas las obras de este santo doctor y Padre de la Iglesia pueden clasificarse en históricas, filosóficas, morales, teológicas, homilías, sermones y cartas; su número en conjunto pasa de ciento cuarenta. Una de las más importantes fue la *Historia Eclesiástica de Inglaterra*, impresa por primera vez en 1474, y reimpressa en Amberes en el 1550, y en Heidelberg en el 1587, con el título de *Ecclesiasticae Historia gentis Anglorum libri quinque, Beda anglo-saxone auctore*. Escribió también ochenta tratados sobre Teología, Filosofía, Historia, Retórica, etc. Cítanse entre ellos sus *Comentarios sobre la Santa Escritura*; otro *Acerca del libro de la Trinidad de Boecio*; un *Manual de dialéctica*; un tratado *De sex aetatibus mundi* (de las seis épocas del mundo). De todas sus obras se han hecho varias ediciones más ó menos completas, todas en el extranjero. De las más antiguas, una es la de París, en 1544, y la de Basilea, en 1563. La de Colonia, en 1688, está en ocho tomos en folio, con el título de *Venerabilis Bedae presbyteri Anglo - Saxonis Doct. Eccl. vere illuminati opera Theol., Mor., Hist., Philos., Maillera., et Rhet. quotquot hucusque haberi potuerunt omnia*, etc.; pero esta edición contiene algunos pasajes que no son de Beda. Otra menos extensa es la de Londres, en 1693, por Enrique Whaston. Por último, otra edición más completa y moderna es la de Giles, en Londres, en 1843.

La Iglesia católica en Inglaterra y la religión

benedictina han venerado siempre á Beda como *Santo Padre y Doctor de la Iglesia*, y han rezado de él. Fue declarado Santo Padre y Doctor de la Iglesia por decreto de un concilio que en el 836 se celebró en Aquisgrán (ó *Aix-la-Chapelle*, según los franceses), ciudad de Alemania en la frontera belga. El Martirologio Romano también ha venido sin interrupción haciendo mención de él, pero sólo como *Venerable*, el 27 de Mayo; y por esta circunstancia muchos han creído que este sabio escritor no era *Santo*, dando á la palabra *Venerable* el sentido común á todos los que aun no han sido beatificados ni canonizados. Estas dudas han desaparecido por completo por virtud del decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 13 de Noviembre de 1899, por el que se extendió su culto á toda la Iglesia, con Misa y Oficio propios, de confesor y doctor de la Iglesia, rito doble menor con el título de *San Beda el Venerable*, mandando que se incluyan en el Misal y en el Breviario Romano; y, por último, que su rezo no obliga hasta el presente año de 1901.

**La Misa es en honor de San Juan, y la oración la que sigue.**

¡Oh Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice San Juan! Concédenos benigno que merezcamos la protección de aquel cuya memoria solemnizamos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

**La Epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios.**

**Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también nosotros consolar**

á los que están en cualquiera aflicción, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así también por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instrucción y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos también nosotros, para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros; sabiendo que, así como habéis sido participantes de las aflicciones, lo seréis también de la consolación en Cristo Jesús Nuestro Señor.

## REFLEXIONES

Como tenéis parte en los trabajos, así la tendréis en el consuelo en Nuestro Señor Jesucristo. No hay cosa más común en el mundo que las adversidades; nacen á nuestro lado y en todas partes: son fruto de todas las estaciones, de todas las clases, de todas las edades. Es el mundo valle de lágrimas; por más que se cultive esta ingrata tierra, siempre produce espinas; llenas están de ellas todos los caminos; los pies no pisan otra cosa; al mismo tiempo que ellos las pisan, ellas los punzan. Los grandes del mundo y los dichosos del siglo, que parece marchan por caminos más suaves, si no las sienten en los pies, las experimentan en el corazón; allá dentro brotan, y allá dentro los penetran. Los disgustos, las inquietudes, los cuidados, los trabajos, las adversidades, herencias son de todos los mortales. Si ésta es desigual en muchos, es cierto que en todos hay una gran proporción entre las cruces y los bienes. Pero ¿de dónde nacerá que siendo los trabajos *aquel pan de lágrimas* de que habla el Profeta, y de que todos se alimentan, se ponga tan poco cuidado en que nos sirva de provecho? Nace de que padecemos como esclavos, no como hijos; arrástranse las

**cruces, no se llevan, y la desesperación aumenta el dolor. Cada cual es ingenioso para atormentarse más; el peso que falta á las adversidades le suple la imaginación. Desde que pecó nuestro primer padre, nació el hombre para padecer. Gran lástima es que no hagamos meritorios nuestros inexcusables trabajos. No hay que empeñarnos en huir de ellos; aun en las condiciones, por decirlo así, más privilegiadas, se hallan los más amargos. En rigor, solamente al pie de la cruz de Jesucristo nos libramos de las nuestras. Padezcamos en esta vida con tanta resignación, con tanto rendimiento, con tanta paciencia cristiana, que podamos decir con verdad: *Así como tenemos parte en los trabajos, la tendremos en el consuelo en Nuestro Señor Jesucristo.***

### **El Evangelio es del cap. 16 de San Mateo.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niegúese á sí mismo y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por Mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿Ó qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno según sus obras.**

## **MEDITACIÓN**

**De cuánta consecuencia es la salvación eterna.**

**PUNTO PRIMERO.—Considera de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si al cabo se pierde. ¿De qué sirve á esos monarcas tan poderosos, á esos héroes tan alabados, á todos esos grandes hombres que metieron tanto ruido en el mundo, de qué les sirve haber conquistado reinos enteros, haber sido el terror de las**

provincias comarcanas, haber llevado el susto y el temblor hasta la extremidad de la Tierra? ¿De qué les sirve al presente ni de qué les servirá en lo porvenir haber visto que todo cedía, todo se rendía á la insinuación de su voluntad ó de su capricho; haber rebotado en bienes, en gustos, en deleites, en esplendor y en dignidades; haber sido como los dioses de la Tierra? ¿De qué les sirve ni de qué les servirá, si al cabo se condenan? ¿Y de qué me servirá á mí el ser lo que soy, si al fin tengo la desgracia de perderme, de precipitarme en los tormentos eternos, de condenarme para siempre? Esos hombres disolutos; esas mujeres mundanas á quienes tiene el mundo como encantados y como encantadas, y en quienes está la fe casi del todo apagada; éstos miran con risa estos peligros, y aun tal vez hacen chanza, hacen materia de zumba las verdades más terribles de la religión, mofándose y burlándose de los que la respetan y la temen. ¡ Oh y cuánto convence la necesidad de un Juicio universal el proceder de estos insensatos!

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera otra vez *de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma*. Este solo oráculo, penetrado bien, vale toda la filosofía moral de los cristianos; por lo menos, es cierto que él sólo la encierra toda. No es necesario otro punto de meditación para reformarse.

Dite á ti mismo, en medio de esos ambiciosos proyectos de una elevada fortuna; en medio de esa peligrosa cadena de prosperidades ; en medio de esas esperanzas tan floridas como perfumadas; en medio de esos días alegres, brillantes y risueños; en medio de esas diversiones que embelesan; en medio de esas concurrencias que encantan: *Quid, prodest?* ¿En qué parará todo esto? ¿Cuáles serán las funestas consecuencias de estas fiestas? *Quid prodest?* ¿De qué

**me servirá todo este mundo lisonjero un cuarto de hora después de morir, una hora antes de expirar? ¡Dios mío, y qué peso tienen todas estas reflexiones, mas qué verdaderas son y cómo me harán llorar algún día!**

**Si el santo papa Juan hubiera preferido la gracia de un príncipe á su deber y á su religión; si se hubiera dejado intimidar de sus amenazas y cobardemente se hubiera rendido á ellas, ¿de qué le serviría? Pero ¡Dios mío! ¿Y qué me han servido á mí todas las indignas condescendencias que he tenido hasta ahora con el mundo? No, señor; aunque hubiese de ganar todo el Universo; aunque hubiese de ser yo el hombre más feliz de todo el mundo, nada sería capaz de moverme á que os ofendiese, porque nada estimo, nada aprecio sino sólo agradaros.**

## **JACULATORIAS**

**Tengo vuestra Ley grabada en mi corazón para no ofenderos jamás.— *Ps.* 118.**

**Fuera de Vos, Dios mío, ¿qué tengo yo de desear en el Cielo ni que apetecer en la Tierra?—*Ps.* 72.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Hablando propiamente, en esta vida no hay negocio importante, no hay negocio de consecuencia, no hay cosa que merezca el nombre de negocio sino el de nuestra salvación. Negociaciones de príncipes, ideas artificiosas de cortes, sitios de plazas, batallas ganadas, manejo y superintendencia de hacienda, soberbios edificios, fortunas ventajosas, negocios de mucho interés, obras de ingenio, todo eso sólo se llama negocio con impropiedad. Sólo el negocio de la salvación es negocio nuestro; los demás son extraños, son negocios ajenos.**

**Sean enhorabuena, como tú quisieres, negocios del estado, del reino, del tribunal de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tus amigos y de tu familia, pero no son negocios tuyos. Aunque todos los demás negocios del mundo te salgan mal, como te salga bien el de la salvación, consuélate, que hiciste tu fortuna y eres hombre feliz. Si no has trabajado para tu salvación, todo lo perdiste; haz cuenta que nada has hecho. Deja por algunos días todos los demás pensamientos, y ocúpate en éste sólo.**

**2. Graba, no sólo en tu corazón, sino en tu memoria, este oráculo : ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Tenle escrito en tu oratorio, en tu cuarto, en tu gabinete, y es muy loable estamparle también en el librito de uso diario, y repetirle cuando se ha padecido alguna pérdida ó se ha hecho alguna ganancia. Si reina en tu casa la prosperidad y la abundancia; si te mira la fortuna con semblante risueño y todo te sale á medida de tu gusto, dite á ti mismo con frecuencia lo que te dice Jesucristo: *Quid prodest?* ¿De qué me sirve todo esto si me condeno? La salvación es el mayor recurso en todos los desconsuelos. Repite muchas veces esta lección á tus hijos y á tu familia; ninguna otra es más eficaz para hacerlos á todos buenos cristianos.**